



**TAL  
COMO  
SOY**

Fue en 1836 que una señorita británica hacía preparativos para asistir a un baile. Se llamaba Carlota Elliott, una joven preparada y atractiva. Salió muy entusiasmada para encomendar a su costurera que le hiciera su traje de gala.

En el camino Carlota se encontró con un señor cristiano, amigo de la familia. Después de saludarlo le manifestó el propósito de su diligencia. Con mucho empeño el caballero le habló de la vanidad de la vida y de lo engañoso de los placeres de este mundo. Trató de hacerle ver que el baile no le sería de provecho. La joven, muy enojada, le contestó: “Esto no es asunto suyo”, y siguió su camino. El baile se realizó, y Carlota fue una de las jóvenes más elogiadas.

Pero, al tratar de dormir esa noche, sintió decepción. No estaba cansada; se encontraba vacía. Su conciencia la perturbaba. Entendió que el brillo de este mundo es engaño y vanidad.

Carlota visitó a aquel hombre, y le dijo: “Por días he sido la joven más decepcionada; ahora anhelo encontrar

la verdad que usted tiene. ¿Qué debo hacer?”

Por supuesto, él no perdió tiempo en dirigirla al Señor Jesucristo, la única fuente de paz. “Necesitas venir a Cristo”, le dijo.

Esto le parecía extraño; ella nunca había entendido que la salvación fuera tan accesible.

“¿Venir a Cristo?”, preguntó Carlota, “pero soy mala e indigna. Primero voy a tener que corregir mis defectos para que Él me acepte”. “Esto es precisamente lo que tú necesitas aprender”, contestó el caballero, y añadió: “Puedes venir a Cristo tal como eres”.

La joven se sintió abrumada al asimilar la verdad sencilla de esas palabras. Fue a su habitación, dobló sus rodillas y, muy consciente de su maldad pero con corazón contrito, puso su fe en Cristo, aceptándole como su Salvador personal.

La señorita vivió más y más el gozo de la salvación. Pensando en su experiencia, escribió un himno. Poco podría imaginarse la fama que tendrían estos

versos. Estaba describiendo, además, el sentimiento de millones más.

*Tal como soy —sin más decir,  
que a otro yo no puedo ir,  
y Tú me invitas a venir—  
Bendito Cristo, vengo a Ti.*

*Tal como soy —en aflicción,  
expuesto a muerte, perdición,  
buscando vida, paz, perdón—  
Bendito Cristo, vengo a Ti.*

*Tal como soy —tu grande amor  
me vence, y con grato ardor  
servirte quiero, mi Señor—  
Bendito Cristo, vengo a Ti.*

¡Cuántos hay que quieren hacer algo, o pagar algo, para merecer la salvación! Carlota Elliott había aprendido bien: la salvación es un regalo que Dios da al pecador que viene a Él tal como está. Cristo no vino a llamar a justos, sino a pecadores (Mateo 9.13).

Donald R. Alves, padre



**Publicaciones Pescadores**  
[publicacionespescadores@gmail.com](mailto:publicacionespescadores@gmail.com)